

2 Corintios 4:16-18

“Por tanto, no desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día, pues esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.” (2 Corintios 4:16–18)

"Por fe andamos, no por vista", dice Pablo en el capítulo que sigue a nuestro texto. Pero cuántas veces no ha sido cierto que tanto los cristianos individuales como la Iglesia en general no ha sido contento para andar por fe. Quieren ver. Dan más importancia a lo que ven en su alrededor que a las mismas promesas de Dios, y de este modo se estancan en su vida cristiana, hasta empieza la retroversión. Estamos hablando del materialismo. Con eso no queremos decir la costumbre de amontonar las riquezas, aunque eso también puede ser parte del problema, o más bien un síntoma de él. Hablamos, sencillamente, de poner primera importancia en considerar como una realidad más firme, más real, si quiere, lo palpable, lo visible, lo que se puede contar, mientras que lo que queda invisible, la gloria futura, la realidad de Dios, el perdón de los pecados, quedan en plan secundario, como si fuera algo ilusorio, menos real.

Cuando esa condición se hace general, estamos en una época de enfermedad espiritual, y sólo volver a la fuente, a la Escritura, al evangelio, a la actitud de San Pablo, podemos encontrar alivio para esta enfermedad espiritual. Con Pablo, nuestra vida tiene que llegar a caracterizarse con **No mirar las cosas que se ven**. I. Porque las cosas que se ven son temporales. II. Porque las cosas que no se ven son eternas.

Esas dos proposiciones demandan de nosotros girar todas nuestras actitudes naturales 180 grados. Pablo dice: las cosas que se ven son temporales. Existen, tienen una realidad, sí, pero Pablo nos asegura que lejos de ser las últimas realidades, son temporales. El presente estado de las cosas, visible a todo el mundo, es un estado transitorio. No es permanente. Pasará.

¿De qué tipo de cosas habla Pablo? Menciona algunas. La semana pasada hablamos de la debilidad aparente de la Iglesia. De la manera que en cada generación la Iglesia parece tan

abatida y afligida que es un milagro que no se haya desaparecido de sobre la faz de la tierra. Todavía la Iglesia puede mirar a sí misma y lo que ve es que "no son muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, sino que lo necio del mundo escogió Dios. Y lo débil del mundo escogió Dios, y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios" (1 Corintios 1: 26-28). Describió Pablo a la Iglesia como "atribulado, en apuros, perseguido, derribado". Y así parecemos a los ojos del mundo, sin prestigio ni honor, sin influencia aparente en el curso del mundo. Lo único que puede llamar la atención del mundo y levantar su curiosidad es que hubiera alguien que a pesar de todo eso quisiera ser cristiano. Es algo incomprendible para ellos.

Y sus líderes y miembros individuales no gozan de mayor suerte en este mundo. Comparten todas las debilidades humanas, y esta congregación de los santos es tan lejos de parecer santa que todos ellos con Pablo quieren clasificarse como el primero de los pecadores. Eso es lo que se ve. Y si miramos solamente lo que se ve no sólo tendríamos que desesperarnos acerca de los demás muchos meses, sino que tendríamos que concluir que nosotros mismos estamos perdidos. Veríamos vidas, sin importancia, apresurando su carrera hacia la última de las cosas que se ven, la última realidad visible, la muerte. Se ve, en palabras de Pablo, el cuerpo, el hombre exterior, desgastándose.

Se mira alrededor, y se ve una vida que en muchos aspectos no parece ni valer la pena vivirla. Está llena de tribulación, de presiones, de creciente dolor y sufrimiento. Es lo que se ve, y muchos que sólo miran las cosas que se ven son tan asustados y amargados por lo que ven que se suicidan. Si no saben de ninguna realidad más que lo temporal, más que el curso cotidiano de esta vida, tampoco ven por qué seguir en ella.

Pero lo que tenemos que afirmar es que todo eso, que es real, no es la última realidad. Cuando Pablo dice que son temporales, quiere decir que él también los ve, y son realidades, pero están limitadas sólo a este tiempo. Y afirma que si dejamos las apariencias de este siglo gobernar nuestras vidas, formar nuestras perspectivas, determinar nuestras actitudes y sistemas de valores, perderemos. No sólo nos tiene que llevar a la desesperación, a la conclusión de que finalmente nada tiene significado, que no somos más que máquinas, mejor dicho que no somos más que un tornillo en la máquina del universo, sino que si ponemos todo nuestro fruto en el canasto de lo temporal, en las cosas de este mundo, cuando pasa este mundo, pasará

también todo lo que hemos soñado y trabajado, y alcanzado. Y cuando al fin nos damos cuenta de que hay una eternidad, nos encontraremos desnudos de todo lo que nos podría hacer feliz en ese sinfín de la eternidad

¿En dónde debe estar nuestra atención? Pablo nos dice: en las cosas que no se ven, porque las cosas que no se ven son eternas. La vida de fe siempre va a ser asunto de fijar nuestra atención en y poner toda nuestra confianza en las invisibles realidades eternas. En fin, es temer y amar a Dios y confiar en él sobre todas las cosas.

La gloria de la Iglesia de Cristo es totalmente un asunto de la fe. Las glorias de la Iglesia en este tiempo son la presencia de su Señor Jesucristo, el evangelio del perdón, y la gracia de Dios que es proclamada en ella. La gloria futura, cuando la Iglesia reinará con Cristo por los siglos de los siglos, es totalmente asunto de la fe. No se ve ahora. Se cree y se confía.

Y, otra vez, lo que se puede decir de la Iglesia en general se puede decir de los individuos. Mientras vemos cómo el cuerpo se va desgastando, confiamos que por la obra del Espíritu Santo nuestro hombre interior se renueva de día en día. No es porque vemos tanto progreso en la santificación en nuestras vidas. Vemos con más y más claridad nuestro pecado, pero no miramos eso que se ve. Miramos las fieles promesas de la gracia y el perdón de Dios, cuya misericordia es nueva cada mañana, y así confiamos que él nos recibe de nuevo y nos fortalece y que obrará en nosotros su buena voluntad nuevamente cada día.

Se ven las aflicciones, se siente el peso de la maldición de Adán. Pero miramos no eso, sino el cada vez más excelente y eterno peso de gloria. Éste es cosa de fe, no de vista. Lo esperamos por las promesas de Dios, y sólo esto nos da la perspectiva para ver bien también las tribulaciones que se ven.

En verdad, todo lo que cuenta en la vida cristiana es la fe. ¿Qué hay de mayor importancia que el perdón de los pecados? Pero es algo que no se ve. En verdad, muchas veces no nos sentimos perdonados. La fuerte voz de la conciencia frecuentemente es tan potente que casi nos hace desesperar hasta de la posibilidad de que pudiéramos ser perdonados. Podemos consolar nuestros corazones solamente con la palabra de reconciliación, con la palabra de promesa, de que en Cristo, y por su muerte en la cruz, tenemos un Dios de misericordia quien perdona toda nuestra iniquidad y borra toda nuestra maldad.

Los cristianos ven los peligros en el mundo, y la maldad en él, y son tentados o a la desesperación y a hacerse un grupo político más, promoviendo con presiones y tácticas terrenales hacer su versión del paraíso en la tierra. Su verdadera arma que usa por fe es otra vez algo invisible, la oración ferviente al Dios que ha prometido escuchar sus ruegos, de modo que los cristianos en Norteamérica sí pueden ayudar a los misioneros en el lejano continente de África pidiendo a Dios que los protegiera de la violencia que se está aumentando allí, y que Dios diera camino libre a su palabra.

¿Y el resultado de poner la mira, no en las cosas que se ven sino en las que no se ven? No desmayamos, dice Pablo. No nos desanimamos, porque las circunstancias que nos rodean no limitan en nada la misericordia y el amor de un Dios que no se ve.

Seguimos presentando la palabra, a pesar de que más frecuentemente que no, no parece producir muchos resultados visibles, mucho éxito como el mundo cuenta el éxito. Lo hacemos porque es la palabra del Dios invisible, que es eterno y fiel, y lo que cuenta es la fidelidad a él

Entre más que miren las cosas que no se ven, menos importancia darán a planes completamente desarrollados que determinen exactamente qué tiene que suceder y cuándo y en cuál lugar. Buscaremos toda oportunidad, como aconsejó San Ignacio a Policarpo en el siglo II, pero también, "fijaremos nuestros ojos en él que no tiene necesidad de oportunidades, estando fuera de todo tiempo". Así que no desmayamos en ser testigos de la palabra a todos, sabiendo que su palabra no le volverá vacía, sino que hará lo que Dios intentó en enviarla.

Eso nos llevará a poner nuestra mira no en asistir a un culto como obligación, de modo que se puede contar cuántas veces hemos estado presentes, sino que buscaremos las bendiciones invisibles que Dios nos promete a través de su palabra

No consideraremos el sacramento tampoco como algo que hacemos, sino que meditaremos antes y después en las cosas invisibles, el cuerpo y la sangre del Señor, y su perdón y la vida eterna que él nos provee en esta comida.

En fin, viviremos por fe. Entre más que podamos desprendernos de lo que se ve, y buscar primeramente al reino de Dios y su justicia, entre más que podamos decir con Lutero: "Que lleven

con furor Los bienes, vida, honor, Los hijos, la mujer. Todo ha de perecer: De Dios el reino queda", más podremos afirmar también con Pablo: "No desmayamos". Dios nos ayude a esa firmeza. Amén.